

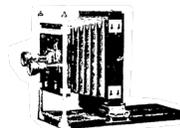
## Retrato de un diamante

Stephanie Tavares Rubio  
stephtr291@gmail.com

Virginia Woolf escribió que “nunca hubo otra cara con semejante expresión de tristeza” (Woolf, “Al Faro” 28). Que sepamos, no hablaba de sí misma, solo de un personaje. Pero si observamos una foto, ¿acaso no podemos decir lo mismo de ella? Si conocemos su historia, ¿no tiene sentido? Sus ojos son profundos. Es que todos sabemos que en sus obras se van descubriendo y desenterrando emociones y pensamientos hasta más no poder, llegando a desempolvar hasta el detalle más pequeño. La mirada que tiene su rostro es particular. Esa forma específica de mirar dejó de ser invisible para mí desde que, señalándome, me dijeron que es algo inconfundible. Que solo por verla en mis ojos ya sabían lo que pasaba conmigo y con esta sombra que no me deja. Esas miradas tan vacías y al mismo tiempo tan cargadas, tan pesadas; tan ausentes, pero con todo presente, todo en una sola idea infinita que se teje con hilo oscuro. Se teje a veces poco a poco, con paciencia, pareciera que hasta con algo disfrazado de amor, sin apuro y con cuidado. Otras tantas, se forma tan deprisa, como si el invierno ya estuviera aquí y tuviéramos que cubrirnos pronto con lo que sea que podamos crear; pero se crea prácticamente solo, aparece y ya está listo para taparnos con su oscuridad. Puede variar el tamaño y el tono. Puede variar el tiempo que nos va a cubrir. Podría ser solo un día, o bien, podría convertirse en prenda para toda estación y quedarse por tiempo indefinido. En fin, su mirada es de alguien que sabe tejer.

Si alejamos la imagen, nos encontraremos con un rostro que no siempre se quiere mostrar. Nos evita o se nos oculta, pero una que otra vez sí que se alcanza a distinguir. Es largo, como las penas que invadieron su vida, como el camino que se iba trazando pérdida tras pérdida tras pérdida. Tan largo que dejó la sonrisa atrás, casi extraviada. Vemos un semblante con emociones ocultas: las borró de su rostro para plasmarlas en sus palabras, en el característico mundo interior de sus personajes. Pero en su cara no hay rastro ya.

Tiene un rostro de ángulo cambiante. De ellos, el que más se recuerda enfatiza sus dificultades para controlar aquellas sombras, resalta los defectos que enloquecen, todo aquello que, a criterio de otros, vuelve a uno algo “anormal”, algo que pocos comprenden o desean comprender, algo que debilita o desvaloriza a cualquiera de nosotros. Y ella, además, es mujer. Como si serlo no fuera suficiente en esos tiempos, o en estos, para que el mundo considere que nuestro valor es menor. Todavía se le agrega la carga de la penumbra y, entonces, ya no nos



pueden ver. Desaparecemos. Como si de aquello dependiera todo lo que somos. Sin embargo, ese ángulo en oscuridad no hubiera podido brillar como lo hizo si esto fuera real. Ella demuestra que es suficiente ajustar solo unos cuantos grados ese ángulo para que entonces el sol lo ilumine en el punto perfecto donde logre emitir destellos a su alrededor. Incluso, en la actualidad, uno de esos destellos se está convirtiendo en un haz lleno de potencia que resplandece en tonos morados; tal vez nunca antes esa arista había estado tan iluminada como hoy. Y así, tornasol, Virginia es una imagen silenciosa que estalla en mil colores bajo la luz adecuada.

Observémosla una última vez. Se le ve reflexiva en todo momento; viendo lo que hay cerca, mirando más allá, y, al mismo tiempo, sin ver lo que ella era. Algunas fuentes indican que el motivo de su fin fue el no sentirse suficiente, el dudar de sí misma. Con esa profundidad y esos ángulos destellantes, Virginia era ciega a su propio reflejo. Si tan solo uno de esos ángulos de luz la hubiera hecho descubrirse. Si tan solo esas piedras no hubieran tenido la pesadez de su mirada, de sus pesares y de sus dudas. Si tan solo el cuidado y el detalle con el que veía a sus personajes lo hubiera tenido con ella y con su vida. Si tan solo fuera tan fácil. Sin embargo, si tan solo una cosa hubiera sido distinta, no podríamos encontrar esos retratos ya que jamás se hubiera convertido en ese diamante reluciente que es Virginia Woolf.

### **Bibliografía**

Woolf, Virginia. “Al Faro”. Obras Maestras: Virginia Woolf. 1a. edición. México: Editores Mexicanos Unidos, S. A., 2016. Impreso.

